**El cine Avenida y yo**

Desde pequeño, mi vínculo con el cine Avenida fue profundo, casi como un hilo invisible que me conectaba a ese lugar especial. No sé exactamente la edad que tenía cuando comencé a ir, pero calculo que rondaba los siete u ocho años. Todos los fines de semana iba con mi padre. El clima nunca importaba: sol, lluvia, viento, nada nos detenía. Vivíamos lejos, en las afueras de la ciudad, en el Barrio Palermo y nos desplazábamos en bicicleta. Aunque el trayecto era largo, jamás faltábamos. Incluso puedo recordar aquellas veces que, medio engripado y con los mocos colgando, insistía en acompañarlo. Me encantaba. Al llegar, me alegraba enormemente encontrarme con algunos compañeritos de la Escuela 7, como si el cine Avenida fuese nuestro punto de encuentro secreto.

Mi padre por las mañanas, se dedicaba a vender diarios en la vereda, mientras que, por las tardes, cambiaba los periódicos por una caja llena de bolsitas de pochoclos que preparábamos en casa. El aroma dulce del maíz inflado y acaramelado se mezclaba con mi ansiedad, y yo lo ayudaba en lo que podía. Como no tenía con quién dejarme en casa, siempre me llevaba con él, lo cual no me molestaba en lo absoluto. De hecho, disfrutaba de esa rutina. Sin embargo, había una pequeña frustración: no podía entrar al cine. Mi papá me decía que aún era muy pequeño para ver las películas, que debía esperar un poco más. Me sorprendía que algunos de mis amigos de la misma edad ya pudieran entrar, pero no decía nada. Me conformaba con esperar afuera y, después, escuchar las historias que me contaban mis compañeros. Me describían las escenas con tanto detalle que casi podía ver la película en mi mente. Cerraba los ojos y me dejaba llevar por sus relatos, imaginando las aventuras, los colores, los personajes.

Debo confesar que me moría de ganas por entrar. La curiosidad me carcomía, pero cuando no se puede, no se puede. Recuerdo una charla con Rodrigo, mi mejor amigo, sentados en el cordón de la vereda, le hice una promesa: el día que me convirtiera en padre, llevaría a mi hijo al cine, pero adentro, para que viera la película conmigo.

Pasaron los años. La vida siguió su curso y hoy me dedico a cortar pasto en veredas y terrenos. Me va bien, muy bien. De hecho, la semana pasada me compré una bordeadora nueva y cada semana consigo más clientes. Dicen que soy muy responsable, igual que mi padre. Esa comparación siempre me saca una sonrisa.

Hoy, sin embargo, es un día diferente. Es un día que no olvidaré jamás. Acabo de salir del cine. Pero no lo hice solo: vine acompañado de mi hijito. Sé que aún es demasiado pequeño para entender la película, pero para mí, el momento es inmenso. Lo miro, con sus ojos grandes y curiosos, y no puedo evitar emocionarme. Mientras sus manitos pequeñas se aferran a las mías, pienso en mi padre, en sus sacrificios, en esas tardes en las que el cine parecía tan lejano para mí. Y ahora, estoy acá, cumpliendo esa promesa que un día le hice a Rodrigo, con el corazón lleno y los recuerdos abrazándome.

Estoy convencido de que ningún niño debería crecer sin conocer la magia del cine. Y mi hijo, aunque no lo sepa aún, acaba de dar su primer paso hacia ese mundo de fantasía y sueños que tanto anhelé durante mi infancia.

César Terrera.